

el titánico sublime, heroico genio, que desplegando su espíritu sobre el inmenso abismo del sufrimiento en cuyo fondo está la muerte, se cierne sobre él con magestad, y hace que los siglos lo contemplen en toda su grandeza, dándoles alguna vez su nombre, apoderándose de la admiración de mil generaciones que pasan sobre la tierra recordándolo.

Más de dos mil años hace que Leónidas murió peleando contra los numerosos ejércitos de Jerges; y al haberle éste antes ofrecido un imperio por su traición, le contestó indignado el héroe que prefería morir en defensa de su patria. Trescientos espartanos mandaba Leónidas, y las legiones de Jerges eran tan numerosas que al lanzar al aire sus dardos le hacían sombra á la luz del sol; por eso irritado el tirano al oír la negativa del jefe de aquel pequeño destacamento que le cerraba el desfiladero de las Termópilas, le envió orgulloso un imperativo y lacónico mensaje diciéndole: "Entrégame las armas," á lo que el capitán espartano dió, como contestación, estas solas palabras: "Ven á tomarlas."

Se sucedió el fragor del combate, y cortada al fin la retirada de los trescientos por las bandas invasoras, propone Leónidas á los suyos lanzarse al frente sobre sus numerosos enemigos para sellar con la grandeza de la gloria su muerte por la patria, y arrollan y destruyen como un torrente abrasador de fuego en medio de aquella espantada muchedumbre; mas al fin todos sucumben, que no era su cuerpo inmortal cual su grandeza. Los cadáveres de esos titanes de la guerra, mutilados sobre el campamento, amedrentaban á sus enemigos, que no se atrevían á pronunciar la palabra de victoria.

Aquel heroico sacrificio no fué estéril, que ha-

biendo revelado á los griegos el secreto de la fuerza de sus virtudes militares, los llenó de noble entusiasmo, al cual debieron que sus contrarios, por más que hubieran sido superiores en número, no pudieran dominarlos, habiéndose al fin retirado derrotados de la patria de los héroes.

Más de veinte siglos han pasado, y de ese hecho glorioso aún se habla con admiración y con respeto; siente el alma veneración al recordarlo.

Lo decimos con conciencia: la misión del soldado es la sublime misión del sacrificio, es la carrera del honor y de la gloria.

Pero es preciso que todos los que se dedican á tan honrosa profesión sepan el noble papel que tienen que desempeñar, y aunque son pocos mis alcances, contribuyo con mis esfuerzos al hablar á los señores Oficiales con cuyo mando se me honra, procurando marcarles la ruta que deben seguir, citándoles ejemplos en que puedan inspirarse, al dirigirles mis *conversaciones militares*.

II.

MORALIDAD.

DESGRACIADAMENTE en nuestro país, donde la revolución intestina ha sentado sus reales atrofiando el corazón de la patria, el ejército no podía or-

ganizarse con perfección, por más que el Gobierno se haya siempre esforzado para conseguirlo, y hemos llegado á ver en él personalidades indignas de merecer se les confiase el lustre y el honor de las armas; mas no debemos desmayar por esto, y mirémoslo como natural consecuencia de nuestras revoluciones. Cumplamos nosotros con hacernos dignos soldados de la nación.

Ese mal estado en que se ha visto el ejército, es la causa de que tal institución no haya sido mirada por la sociedad con el aprecio y respeto que merece; pero el soldado que cumple sus deberes, el soldado que respetando á la sociedad en que vive y de que es parte, se porta con decencia, siempre se verá considerado por todos.

Mucho vale la estimación de los demás, y el que la desprecia es porque en su abyección no se siente digno de merecerla, inspirándose en la ruin pasión del despecho.

El soldado inmoral, que abusando de su posición insulta á la sociedad con sus malas costumbres, viviendo en medio del escándalo, no es digno de llevar el uniforme militar; tiene muchos puntos de contacto con el bandolero, que sin más derecho que la fuerza bruta, da rienda suelta á sus instintos depravados.

Jóvenes oficiales que podían aspirar á ocupar un puesto distinguido en el ejército, siendo así útiles á su patria, dando realce al honor de sus familias, los hemos visto alguna vez que olvidando sus principios, arrebatados por el vértigo del libertinaje, se lanzan á una vida de inmoralidad, prostituyendo infamemente sus cualidades militares, arras-

trando el sable con aire de matones en lugares que deshonran, como si ese fuera el teatro de su valor; oficiales que al fin son arrojados del ejército por indignos de pertenecer á él, cuando que si hubieran seguido el camino del deber se hallarían honrados y apreciados, con un porvenir brillante en perspectiva.

La buena conducta conquista el aprecio, la consideración, y forma un lugar distinguido para el que la observa.

No falta entre los militares quienes crean que su buena conducta sólo consiste en cumplir sus obligaciones de cuartel ó campamento, y partiendo de ese principio los vemos encenegarse en los vicios, como si nada se debieran á sí mismos, nada á sus compañeros de armas y superiores, y nada á la sociedad ¡insensatos que se ahogan en el cieno donde viven, enturbiando y corrompiendo la limpia fuente de las nobles aspiraciones!

La prostitución degrada, envilece; y es tan poderosa su maléfica influencia, que no sólo en los hombres aisladamente se ven ejemplos de esta verdad, sino que las naciones más poderosas del mundo nos lo han mostrado, cuando desatendiendo sus virtudes, hemos visto á sus guerreros y á sus gobernantes languidecer en medio de una vida crapulosa, asfixiando su espíritu en la atmósfera del lujo y los deleites: Asiria, que brilló en el Asia por su poder, muchos años antes de la era que contamos, murió en las noches de orgía de los Sardanápalos, con el virus envenenado de su escandalosa inmoralidad; á la luz siniestra que levantara la hoguera donde su tirano ardió rodeado de las prostitutas con que vivía.

Grecia, la cuna de la civilización universal, la patria de los héroes, la patria de los filósofos, de los escultores y de los poetas, hace siglos que era acusada por Demóstenes de enervarse en los placeres, olvidando su grandeza debida á sus antiguas virtudes: y Grecia años después sucumbió víctima de esa lepra, llegando en su envilecimiento á adorar como dioses á sus propios enemigos. El águila romana ensañó sus garras en aquella nación carcomida ya por la gangrena de sus vicios.

Tocó á Roma su vez, y Roma fué tan poderosa, que el mundo retrocedió espantado ante la idea de marcar un hasta aquí á sus conquistas; pero lo que no pudo la fuerza armada de las naciones que dominó, pudo su corrupción misma, que aniquilando su grandeza, preparó su ruina llevada á cabo á mediados del siglo quinto por Alarico y el terrible Atila, rey de los Hunos, quienes en vez de hallar en los romanos á aquellos aguerridos soldados asombro de la tierra, sólo encontraron hombres degradados en el placer, afeminados por el lujo é incapaces de sentir en su alma las heroicas virtudes que tan grandes los hicieran en otro tiempo.

Cayó también en el abismo que abrió su propia corrupción, el inmenso Imperio de Oriente agonizando y destruyéndose en miserables contiendas interiores.

La prostitución es la degradación, es la muerte del espíritu, de los hombres y de las naciones; y el militar que debe fortalecer su alma preparándola para los grandes hechos, es quien más tiene que huir de ese cáncer venenoso, sin que se crea que es bastante no tener vicios, pues además es preciso

poseer alguna cualidad. Colton, con un profundo conocimiento de las miserias humanas, expresa que: *el vicio nos punza aun en los placeres y que la virtud consuela hasta en las más grandes desgracias.*

III.

ILUSTRACION.

El estudio es otra de las necesidades del soldado; el estudio eleva el espíritu y lo fortalece.

Es muy común que los militares que se han formado en la campaña, impugnen á los oficiales de gabinete y viceversa; pero es preciso convenir en que unos y otros adolecen de grandes defectos. A un oficial lleno de teorías, de seguro le faltará expedición en el terreno de los hechos; así como un práctico se limita siempre á lo muy poco que sabe, no pudiendo desarrollar todo su genio. Para ser buen soldado, tanto se necesita de la constante práctica como del estudio. La pura teoría bien poco vale sin la práctica, y generalmente extravía las cabezas débiles.

Por otra parte, el militar solamente práctico, por más que alcance á aprender, siempre será bien poco lo que le enseñe la sola experiencia. En los libros están consignados los conocimientos de todos

los siglos; ellos son la fuente donde se bebe el saber y la experiencia universales, y la comprobación de las verdades en ellos consignadas es preciso buscarla en diarios ejercicios.

El militar ignorante constantemente está expuesto á sufrir el ridículo en que cae ante sus subordinados, y si queriendo huir de ese ridículo escoge para mandar á personas que no alcancen á comprender su nulidad, se hallará rodeado de seres incapaces.

El jefe sin conocimientos ó sin experiencia, necesariamente tiene que ser confuso en sus órdenes, porque fluctuando su espíritu en la oscuridad, sin distinguir con precisión lo que debe hacerse, vacila en determinarlo. Caminando á ciegas en sus asuntos, se estaciona donde debía avanzar y se adelanta con velocidad cuando á su frente hay obstáculos con que se estrella. Ordena lo que no puede ejecutarse y descuida á veces aquello que precisamente debía hacerse. Alguna vez acierta, cuando su inteligencia es clara y su juicio sólido, mas siempre camina lleno de vacilaciones.

El filósofo que se extravía en una doctrina, el comerciante que yerra un cálculo, el artista que no puede embellecer su obra, pierde poco, su fortuna ó su reputación de hábil; pero el soldado que se equivoca, acaba con millares de vidas, compromete ó pierde la causa que defiende, destruye los elementos que se le confían, arruina á su patria.

El militar, pues, debe ser ilustrado por la ciencia y la experiencia; su ignorancia produce á una nación males irreparables, y cada uno por pequeña que sea su categoría debe instruirse en la órbita de sus

atribuciones, extendiéndose cuanto más pueda á fin de estar preparado á desempeñar mayores cargos que el ascenso impone.

La Francia guerrera, madre de los soldados invencibles, debe en mucho sus derrotas en la guerra de 1870 con Prusia, al abandono con que viera sus letras y á la ilustración de sus enemigos, ¿y quién puede decir que á los soldados franceses falta el espíritu militar? ¿quién puede decir que en esa guerra no se vieron rasgos sublimes de su valor?

El General Lewal, al tratar de la necesidad que tiene el ejército de ilustrarse, recuerda dolorosamente las desgracias de su patria en esa guerra expresándose así: “Una voz elocuente decía hace poco en la tribuna de la Asamblea Nacional: *El orgullo nos ha perdido*, y esa voz tenia razón. La fatuidad condujo al ejército francés á la ignorancia, al desprecio de la ciencia. Convencido de su superioridad sobre sus rivales, desdeñó los medios preventivos que aseguran el triunfo, y la inmensidad de su derrota fué igual á la inmensidad de su presunción. El castigo fué terrible”

Jamás un soldado simplemente práctico ha llegado á figurar en grande escala, y es muy sabido que todos los grandes capitanes se han inspirado en los conocimientos de sus antepasados y en los ejemplos de la historia de la guerra.

Napoleón I maduró su genio en la lectura de los grandes hechos; él mismo recomienda en sus máximas, que el que quiera ser soldado ilustre, lea cuidadosamente las campañas de Alejandro, de Anibal, de César y otros famosos guerreros cuyo

saber les hizo alcanzar su merecida gloria, y que no hubieran pasado jamás de medianías, si su vuelo hubiera sido detenido en la limitada y oscura zona de la ignorancia.

Que no se exija á un oficial una suma inmensa de conocimientos; pero sí es absolutamente indispensable que sepa lo que concierne á sus obligaciones. El ejército es una gran máquina: cada una de sus armas, cada oficial, cada soldado, tienen en ella sus funciones precisas; y si el movimiento de alguna de sus partes se paraliza, el conjunto sufre retardo cuando no grave perjuicio.

Nada bueno puede esperarse de un oficial que después de una emergencia, se disculpa con expresar que no obró porque ignoraba lo que tenía que hacer, cuando que esa ignorancia es precisamente lo que demuestra su culpabilidad. No en todas circunstancias se pueden recibir órdenes, y por eso es forzoso saber cuando menos lo que se debe ejecutar en las distintas funciones del servicio, y los diversos casos azarosos de la guerra; de lo contrario el ignorante no sólo será un estorbo en el mecanismo militar, sino que constantemente se verá lastimado en su dignidad por las reprensiones ó sarcasmos que merezca su ineptitud.

El oficial que sabe manejar la tropa que manda, tendrá siempre mejor éxito que el inepto, en un combate ó cualquier otro accidente; así como el soldado que conoce su fusil tendrá más valor que el que no sabe hacer uso de él.

La civilización adelanta por todas partes y en todos los ramos, y la ciencia militar no debe estacionarse, debe ponerse á la altura del mundo civi-

lizado, ocupando el puesto interesante que en él le corresponde. Por eso en Europa hay un movimiento científico-militar que cuando menos debemos seguir con anhelo si amamos á nuestra patria, á la cual tenemos obligación de representar, si no con brillo á lo menos sin desdoro; y en caso de una guerra internacional, de manera que nuestra ignorancia no sea la causa de su ruina.

Página muy triste sería la que nuestra falta de ilustración dejara en los fastos de la historia, en caso de una guerra con el extranjero. Con cuánta amargura sabrían nuestros descendientes que el ejército mexicano, ignorante en la ciencia de la guerra, hubiera sucumbido arrastrando en su ruina las libertades de la patria, y que México había dejado de figurar en el catálogo de las naciones pasando á ser una desgraciada colonia esclavizada.

Este vivo ejemplo de ayer de que antes he hablado, es necesario no olvidarlo. El ejército francés, muy justamente era reputado como el primero de la tierra; su estandarte victorioso había flotado en las primeras capitales del mundo llevado por sus armas siempre triunfantes; mas su abandono de la ciencia, y el saber de sus enemigos, lo hizo al fin caer del pedestal de su grandeza, destrozando en su caída los más caros intereses de su nación. ¡Si Francia no fuera tan poderosa, veríamos en ella otra Polonia desgarrada por las crueles razas del Norte!

Que la moralidad y el honor militar nutran, pues, nuestro corazón; pero que la ilustración sea el brillante escudo con que se defienda.